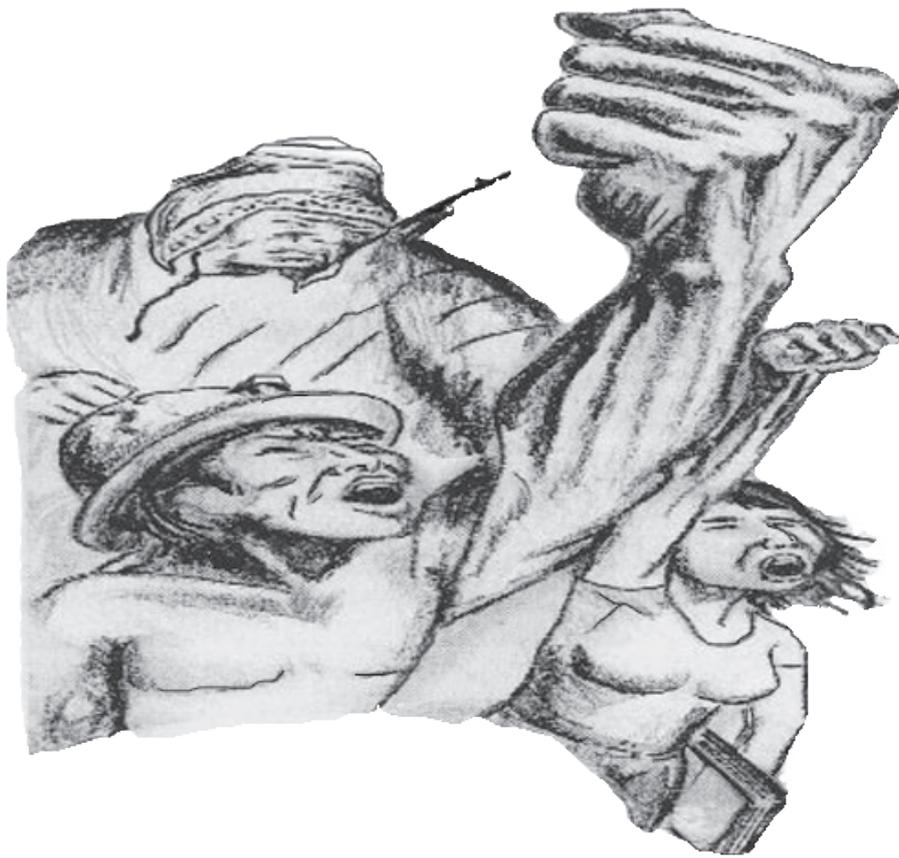


GUILLERMO LORA

LA MASACRE MINERA
DE UNCÍA
1918



Ediciones

MASAS

MASACRE MINERA DE UNCÍA

Julio 1918

Según Rodolfo Soliz G.²³, que se autotitula codificador obrero, la primera masacre obrera se produjo en el mes de julio de 1918 en la Empresa Minera "La Salvadora" de Simón I. Patiño (sección Socavón Patiño o Callapería, que es una profunda y gran hendidura natural del cerro, ubicada a unos trescientos metros más de altitud que Miraflores). "Los obreros cansados de soportar vejámenes y ultrajes de los empleados de esta sección reclamaron porque sus haberes no fueron abonados íntegramente en el pago que se efectuaba la tarde de un sábado; como consecuencia de esta reclamación fueron violentamente reprimidos por el entonces Jefe de Punta, un tal José Soruco, que se presentó armado de un nervio". La respuesta fue la indignación y el espontáneo levantamiento de los mineros, que apedrearon y asaltaron los almacenes y la caja de la empresa. Conocedor de estos inesperados acontecimientos, el Gerente Máximo Nava, a la cabeza de un piquete formado por empleados y por elementos de la "Guardia Blanca" (así dice Soliz), que iban armados de carabinas y pistolas, se constituyó en el escenario mismo de los acontecimientos. Se entabló una feroz lucha entre ambos bandos. "Los obreros utilizaban explosivos y dinamitas, con los que prepararon una especie de bombas en tarros de conserva y en botellas". Se sostiene que hubieron muertos y que el belicoso gerente victimó personalmente a un chivato; pero aquel bajó ostentando una herida en la cabeza ocasionada por una pedrada. Los parciales de la empresa se parapetaron en Miraflores (entonces ingenio y planta eléctrica), que fue asaltada por los obreros. Nava informó de los alcances de la rebelión obrera al apoderado de la Patiño, señor Arturo Loayza, que se ha distinguido como enemigo y verdugo de la clase obrera. La empresa logró que el Presidente de la República José Gutiérrez Guerra ordenara el envío de un regimiento de infantería a Uncía. Mientras tanto, el día domingo continuaba la batalla. Nava y sus parciales se habían apostado en las alturas de Miraflores y los obreros ocupaban el camino que conduce a Uncía. "A la una de la tarde abrieron fuego los obreros y atacaron a los de Nava, de donde resultó muerto el mecánico Ayala". A las cuatro de la tarde se aproximaron los soldados, que fustigaron despiadadamente a los mineros. La persecución contra los dirigentes duró varios meses.

Parece que inmediatamente los gerentes de "La Salvadora" y de la "Empresa Estañífera Llallagua", actuando bajo el temor de que la osadía de los trabajadores de Socavón Patiño se repitiese en mayor escala, entraron de acuerdo para aumentar la presión sobre sus dependientes. Un famoso chileno Emilio Díaz, gerente de la Llallagua, acentuó la rigidez de la disciplina, ordenó la disminución de los salarios y del pago a los contratistas (en esa época éstos daban propinas de una libra esterlina oro). Los trabajadores decidieron dejar sus ocupaciones y pedir el arreglo de cuentas. Para materializar su decisión, los obreros de Cancañiri, Azul, Blanca y otras secciones, bajaron en masa hasta la administración de Catavi, donde fueron recibidos a bala por Díaz y sus secuaces. Los disparos lograron dispersar a la muchedumbre y ocasionaron varias muertes (los sobrevivientes nunca han podido precisar su número), "algunos cadáveres desaparecieron convertidos en humo en los hornos de calcinación del Ingenio Catavi". Otro pedido al Gobierno concluyó con el envío de un nuevo piquete de soldados para resguardar los intereses de la Empresa. Esta manera bestial de solución de los problemas sociales volverá a repetirse de manera intermitente. En cada huelga seguida de asesinatos se actualizará la leyenda de los cadáveres incinerados en los hornos de Catavi.

En esa época todavía no se conocía el sistema de flotación para eliminar la pirita del mineral, esa finalidad la cumplían los hornos de calcinación. En cada ingenio se veían enormes chimeneas que arrojaban denso humo sin interrupción durante las veinticuatro horas.

Nava y Díaz fueron unos bravos varones que se pusieron incondicionalmente al servicio de los capitalistas. Nava llenó con su nombre y sus proezas toda la época legendaria de Uncía. No sólo era un verdugo de pelo en pecho, sino que se distinguió por su enorme inclinación hacia el sexo femenino. Se esmeró en difundir generosamente su apellido. Parece que Patiño supo reconocer los servicios prestados por su bravo gerente. Concluyó destrozándose el cráneo con un balazo.

"Patiño encontró el hombre que buscaba para administrar la Salvadora. Ese hombre fue Máximo Nava. Inteligente, culto y valiente, era Nava el hombre adecuado para sustituir en la mina a Patiño... Nava

23- Rodolfo Soliz G., "Masacres obreras de Bolivia". La Paz, 4 de junio de 1944.

era de elevada estatura; su abundante barba gris y su enérgica apostura parecían infundir temor; pero era bondadoso y tenía sumo tacto para tratar a empleados y trabajadores” (M. Carrasco). Hablando con claridad diremos que Patiño encontró en Nava a un buen matón para poner en vereda a los obreros y a sus adversarios de la Llallagua que comenzaron a hacer de las suyas bajo la dirección de su administrador el chileno Díaz. Leamos lo que dice el patañista Carrasco: “el administrador de Llallagua Emilio Díaz hacía gala de importarle poco las autoridades de Bolivia. Si así era, no contaba, en cambio, con la férrea entereza de Máximo Nava con quien tenía que habérselas y ocurrió que el día en que se encontraron los dos socavones en la fractura ocasionada por los disparos de dinamita de la parte de Llallagua, se presentó Nava desafiando el peligro, revólver en mano...”

Según otros izquierdistas, entre los que debe mencionarse a Angélica Ascui, hubo huelga y masacre en Uncía también en 1919. Como no hemos encontrado testimonio ni documentos que confirmen dicho dato nos inclinamos a creer que se trata de una confusión de fecha simplemente ²⁴.

Existen informaciones sobre movimientos huelguísticos que habrían tenido lugar en los primeros años del presente siglo. Se tratan de relatos personales que desgraciadamente no han podido ser confirmados con otros documentos.

Tomás Martínez, viejo obrero de Pulacayo, ha proporcionado datos sobre el conflicto social que en 1904 estalló en la Compañía Huanchaca, cuyo administrador era por entonces el ciudadano Francés José M. de Moulán. La empresa expresó su deseo de aumentar salarios y no se efectivizó solamente por oposición del Intendente de Policía y otro alto jefe, que consideraban la medida contraproducente porque, según ellos, habría contribuido a masacrar a los trabajadores. Los obreros, anoticiados de estos hechos, “se reunieron e indicaron que si hasta cierta fecha no se producía el aumento, ellos irían a la huelga. El administrador dijo que estaba confiado de que la huelga no se produciría y no quiso saber más. Pero, una tarde temprano sonaron las sirenas y los pitos en el campamento y la gente se dirigió a la administración gritando “hay que sacar a patadas al administrador” y así lo hicieron, mientras la esposa de éste disparaba una pistola y mataba a un obrero”. Moulán aclaró que el Jefe de Jornales y el Intendente de Policía eran los que se oponían a los aumentos, revelación que obligó a los trabajadores a “buscar a esas personas gritando “hay que matar a Vildoso y a Ortuño... esos traidores”. Los culpables lograron escapar, uno de ellos ocultándose por varios días en un nicho del cementerio. Desde luego los trabajadores no conseguimos ningún aumento”.

El mismo Martínez recuerda que hubo, en 1918, otra huelga en Pulacayo. El administrador Santiago Pérez Peña pretendió que diez y siete empleados chilenos fuesen admitidos por la empresa, lo que ocasionó desórdenes. Martínez encabezó las negociaciones y el administrador fue prácticamente apresado en Uyuni por los obreros. Estas medidas de fuerza obligaron a la Huanchaca a desahuciar a los empleados chilenos.

En 1921 estalló otra huelga en Pulacayo. El administrador Antonio Nuñez determinó que los pequeños comerciantes que tenían almacenes en el campamento pagasen un elevado alquiler. Tal disposición buscaba convertir el comercio en un monopolio en favor de la firma Portillo y Cía. Las personas afectadas, la mayor parte mujeres del pueblo, se reunieron en “El Polígono”, “donde consiguieron el apoyo de los trabajadores mineros, que decidieron ir a la huelga si el administrador no firmaba un “pliego de comercio libre”. La gente bajó hacia la administración llevando delante una bandera”. Sólo se pudo lograr la firma del acuerdo por el portavoz de la empresa amenazándole con un cartucho de dinamita.

Durante el año 1924 el ferroviario Ernesto Carranza, cooperado por su hijo, realizó una gran agitación política destinada a lograr que los mineros de Pulacayo se incorporasen al Partido Liberal. La empresa exigió un pliego de peticiones conteniendo la demanda de inscripción a dicha organización política. El pliego fue presentado y la respuesta fue el envío de 150 soldados del regimiento Loa a dicho centro minero. Para cortar la agitación fueron apresados y confinados Carranza y otros trabajadores ²⁵.

El obrero que se esconde detrás del pseudónimo Andrescho Kespe y seguramente siguiendo a Solís, dice que en junio de 1918 los trabajadores de la región de Uncía y por primera vez, presentaron a la empresa reclamaciones salariales y de mejor trato por parte de sus superiores. “La empresa desoyó las demandas y disolvió a la multitud manifestante, mediante un regimiento de infantería acantonado en ese distrito,

24- Angélica Ascui, “Homenaje de los caídos de Uncía”, La Paz, junio de 1936.

25- “31 de octubre”, La Paz, junio de 1954.

produciendo algunos muertos y muchos heridos, persiguiendo con saña a los que se creía cabecillas, apresando a muchos de ellos y remitiéndolos a la policía de Oruro". El mismo autor nos hace saber que en el mes de septiembre de 1919 los obreros de dicho distrito se reunieron para protestar por la disminución de remuneraciones a los contratistas y por malos tratos por parte de los gerentes Díaz, Nava y sus secuaces. En Catavi recibieron a los obreros "a bala, causando varios muertos y heridos, cuyos cadáveres fueron incinerados en los hornos de calcinación. La guarnición fue reforzada y la persecución fue mucho más feroz".

Ningún acontecimiento ha tenido tanta influencia en la estructuración del movimiento sindical y revolucionario de Bolivia como la masacre de 1923. Antes de esta fecha han habido huelgas y enfrentamientos de las masas con las fuerzas gubernamentales, pero ninguno ha tenido como objetivo la lucha por el derecho de sindicalización. Un otro rasgo importante: el asesinato colectivo fue consumado por el gobierno que ostentaba orgulloso sus ribetes populacheros. La oposición rosquera al saavedrismo utilizó la masacre de Uncía como bandera de su lucha contra el republicanismo. Tampoco se puede pasar por alto que en 1923 el ejército demuestra, de modo indiscutible, su decisión de servir incondicionalmente los negros designios de las grandes empresas mineras. La masacre -argumento brutal de los poderosos- pone de relieve la existencia de un militarismo cavernario y fascistizante, enemigo jurado de los obreros y de toda corriente progresista y renovadora.

Los socialistas y las organizaciones proletarias convirtieron el 4 de junio en el día de lucha del trabajador boliviano, acaso más importante que el propio Primero de Mayo. Año tras año, la izquierda levantaba en el recuerdo de la masacre para subrayar su repudio al gobierno y al sistema capitalista. Únicamente las masacres de Catavi y Siglo XX opacaron en algo los luctuosos acontecimientos de Uncía de 1923.

Las circunstancias anotadas han contribuido a poner en claro hasta los entretelones de la masacre y a producir una abundantísima producción literaria al respecto. Sin embargo, ningún documento es tan importante como el informe producido por el Centro Obrero de Estudios Sociales con el título de "Fundación de la Federación Obrera Central de Uncía"²⁶ y en cuya redacción participó Guillermo Gamarra, uno de los protagonistas de la huelga general y de la masacre.

En la época en que publicó este folleto declara su adhesión al gobierno de Villarroel y sostiene que el golpe del 20 de diciembre de 1943 era nada menos que una "revolución social". Se trata de un obrero intelectualizado que participó activamente en la vida sindical, concluyó, por desgracia, pobre y envuelto en disputas judiciales con sus parientes y hasta con los vecinos de su domicilio en Cochabamba. También cantó loas a Hernando Siles.

El folleto "La justicia desmiente al calumniador Rodolfo Solís G." (Cochabamba, mayo de 1962), nos informa que el activista sindical de antaño hizo lo imposible para salir de la miseria a costa de los bienes de su tía María Gonzáles (las malas lenguas afirman que llegó al extremo de intentar ahorcarla).

El "codificador" se vio convertido en picapleitos, en insigne picapleitos. Sobre esas sus correrías escribió el folleto "Injusticias sociales" y estaba seguro de haber dado a la estampa un "tratado de jurisprudencia". Acabó poniendo en duda la imparcialidad de los magistrados de la Corte Superior de Cochabamba y enjuiciando a fiscales y jefes de policía. El incansable batallador nada pudo contra la furia de todos los poderes del Estado.

Aparece como autor de "La justicia desmiente al calumniador... Zacarias Cossío, pero es indudable que detrás estaba la mano de algún rábula, que no tuvo más remedio que soportar en carne viva el cauterio que tan generosamente esparcía la pluma de Solís. Nuestro héroe demostró más capacidad como libelista que como "codificador social".

En los pasillos de los tribunales no hizo más que ganar enemigos que pusieron mucho empeño en denigrarlo: "que vea la opinión pública el descaro de un delincuente paseando impávido nuestras calles, cuando debía estar perennemente en la cárcel... debe estar gozando en el infierno junto con Luzbel y Satanás las delicias de las maldiciones de todos a quienes hizo males, más numerosos que las arenas del mar... Ya desde luego, castigando su mala lengua, el Supremo Hacedor le torció la boca a un lado: sólo le falta arrastrarse como un vil gusanillo, echando su baba contra su propia conciencia".

26- "Fundación de la Federación Obrera Central de Uncía", sin fecha, 28 páginas mecanografiadas (un ejemplar en los archivos de G. L.)